

«EL FERNANDO»

CREACION COLECTIVA DEL TEATRO UNIVERSITARIO DE MURCIA

En mayo de 1971, un grupo de trabajo del T. U., de Murcia realizaba, en colaboración con profesores de Historia de la Facultad, una labor de análisis y recopilación de datos con vistas a la creación de un espectáculo teatral. Al cabo de una serie de reuniones, consideraron interesante fijar su atención en el momento histórico del regreso de Fernando VII a España (1814). Las razones que adujeron fueron, en resumen, ver en ese tiempo el "Escenario conflictivo donde queda patente el enfrentamiento entre las dos Españas. Una, la ilustrada, que se manifiesta en las Cortes de Cádiz y elabora una nueva forma política. Otra, la tradicional, mantenida por un pueblo inmerso en la fidelidad a la monarquía". Enseguida se dispuso el trabajo literario, enfocando, desde tres niveles, los puntos de vista a adoptar ante los hechos, tres niveles que corresponden a posibles líneas de dramatización:

LAS CORTES

1. Preparan la vuelta del monarca. A través de sus debates salen a relucir diferentes connotaciones. Idea de que estos preparativos serán posteriormente violados.

2. Ajenos a las maquinaciones reales, persisten en sus programas. Son crédulos.

3. Repercusión.

4. Procesos y destierros. La huida.

5.

6.

7. Los exiliados. Idea de sentirse totalmente defraudados.

8.

MONARCA

En Valençey, Fernando tiene una idea muy concreta y, por supuesto, distinta a la de las Cortes. Incluso cuenta con generales que le apoyan y animan.

El Rey entra en España. Primeros contactos e impresiones de su política.

El Rey disuelve las Cortes.

La camarilla. Las tertulias del Rey. De cómo se asciende en las esferas políticas de entonces.

Fernando reinstaura la Inquisición.

El absolutismo puro.

PUEBLO

Desea al Rey. Le adora.

Le aclaman hasta límites insospechados.

Aprobación popular.

Final feliz (pero menos). El pueblo vive a gusto. Pero las canciones satíricas hablan de la eterna "pequeña" disconformidad.



El trabajo consistía en que, a partir de este esquema, se elaboraran una serie de piezas dramáticas breves que dieran una visión concreta de cada uno de los puntos señalados. Posteriormente se iría componiendo el material en el seno del grupo.

Para la realización de estas piezas solicitamos la colaboración de varios autores nuevos, ya que si la pretensión inicial era conseguir un enfoque también nuevo, nadie mejor y con más derecho que ellos para redactar nuestro espectáculo. En principio se necesitaba un total acercamiento autores-grupo que, al ser ellos de muy distintos puntos geográficos, hubo que arbitrar una solución convirtiendo Madrid en sede de reuniones generales, pese a que también se aprovecharan viajes esporádicos de algún autor a Murcia para discutir, *in situ*, el desarrollo del espectáculo. Habilitamos también la solución de tirar a multicopista cuantas aportaciones llegaran a nosotros, y repartirlas a todos —autores y grupo—, para conocer en el momento lo que cada cual hacía. La composición definitiva se hizo en Murcia, con las correspondientes consultas a los autores.

El texto de **El Fernando**, cuya publicación parcial se ofrece a continuación, es el resultado de un trabajo colectivo cuya base está formada por una veintena de piezas breves de José Arias, Angel García Pintado, Jerónimo López Mozo, Manuel Martínez Mediero, Luis Matilla, Manuel Pérez Casaux, Luis Riaza y Germán Ubillos. No todas se encuentran reflejadas en el espectáculo definitivo, ya que es un material que se ha ido adaptando a la línea temática propuesta, e incluso fue evolucionando a lo largo de sus siete únicas representaciones. Se trata de una obra **sui generis**, como podrá comprobarse enseguida, con una clara orientación hacia su solución escénica. En este sentido es preciso advertir que los autores no entienden este texto sin su realización. No han compuesto una obra literaria, sino una propuesta para el teatro.

EL FERNANDO

(Crónica de un tiempo en que reinó S. M. Fernando VII, llamado el Deseado.)

Una producción del Teatro Universitario de Murcia.

Con textos de José Arias, Angel García Pintado, Jerónimo López Mozo, Manuel Martínez Mediero, Luis Matilla, Manuel Pérez Casaux, Luis Riaza y Germán Ubillos.

Idea original y dirección: César Oliva.

Colaboración: José A. Aliaga, Agustín Bermúdez, Juan Guirao y Juan Meseguer.

Cantables compuestos e interpretados por el grupo Rincón de Folk (1).

"... Concluta la guerra extranjera, pero surgía, al mismo tiempo, la más intestina y porfiada de los españoles entre sí, lucha fatal entre el pasado y lo porvenir, que

dura todavía; que nosotros heredamos de nuestros padres y que, Dios mediante, transmitirán estos últimos a los suyos en toda su integridad. Pero entonces lo pasado

seremos nosotros y el porvenir..., ¿a saber quién será!"

**RAMON DE MESONERO
ROMANOS**
(*"Memorias de un setentón"*)



UN MOMENTO DE LA REPRESENTACION DE «EL FERNANDO» POR EL TEATRO UNIVERSITARIO DE MURCIA. PERTENECE A LA ESCENA 9, Y RECOGE LA SITUACION EN QUE UN JOVEN SACERDOTE ES «EXAMINADO» POR LA CAMARILLA DE FERNANDO VII.

(1) Este espectáculo se estrenó en el VI Festival de Sitges de Teatro, el 13 de octubre de 1972, en el Teatro Prado, con esta ficha artística:

Intérpretes: Javier Abad, Mariano Agudo, Jaime Aguiar, José A. Aliaga, Amaya Arana, Vicente Bastida, Angel Belmonte, Fernando Berberena, César Bernad, Maica de Blas,

Pilar Candela, Joaquín Clavel, Pilar Gómez, Concha Lavella, César Llorens, María Dolores Marcos, Antonio Medina, Juan Meseguer, Julia Molina, Juan Pablo Muñoz, Eliseo Navarro, Miguel Navarro, César Oliva, Juan Ripoll, Francisco Sarget, Pedro Saturno, Dolores Segura y Encarna Segura.

Iluminación: Evaristo Llanos.

Regidores: Pedro Luis Mateo y Emilio Belchi.

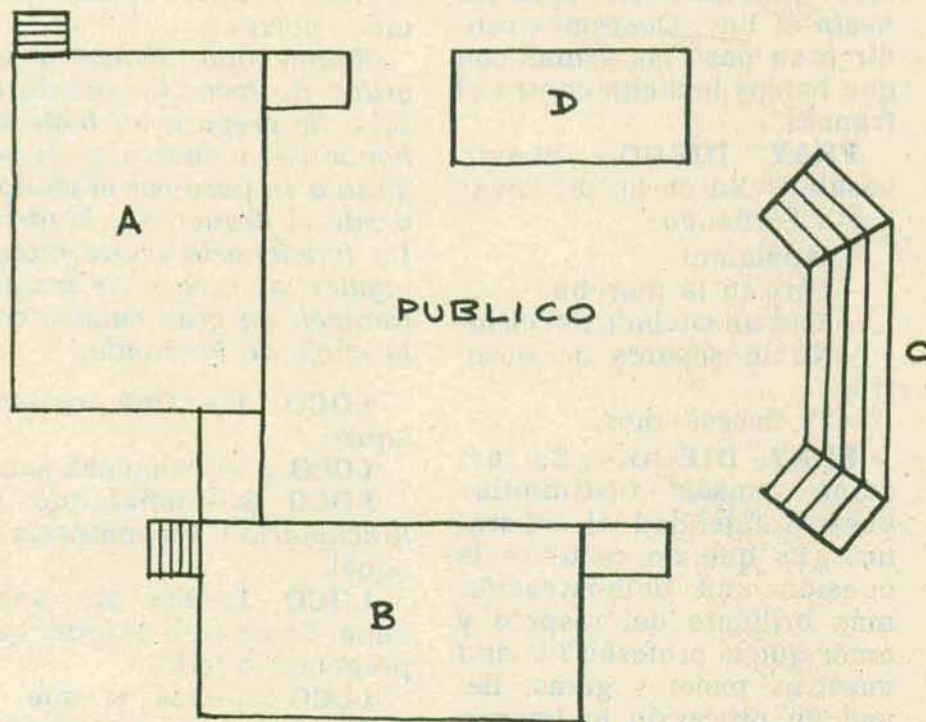
Vestuario confeccionado por Loreto Martínez.

Ayudantes de dirección: José Antonio Aliaga y Juan Meseguer.

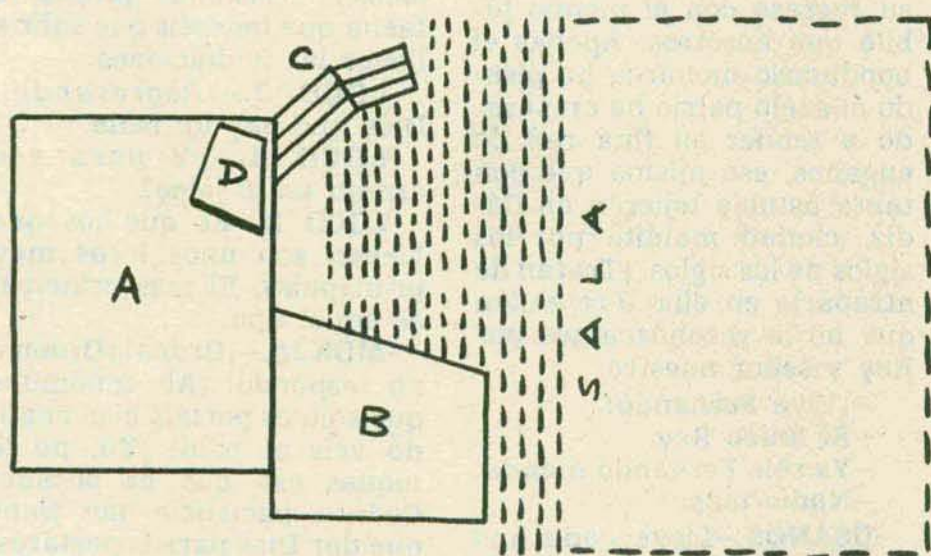
Puesta en escena: César Oliva.

PROLOGO

EL ESPECTACULO ESTABA CONCEBIDO PARA REPRESENTAR EN UN ESPACIO ABIERTO DISTINTO AL TEATRO A LA ITALIANA. A TAL FIN SE TENIA ESTUDIADA ESTA DISPOSICION ESCENICA.



LAS CIRCUNSTANCIAS OBLIGARON AL GRUPO A ACTUAR SIEMPRE EN UN TEATRO NORMAL, LO QUE FORZO A VARIAR EL ANTERIOR ESQUEMA ESCENICO POR ESTE OTRO.



EN CUALQUIER CASO, SE INTENTABA UNA RUPTURA CON LA DISPOSICION TRADICIONAL DEL ESPACIO ESCENICO MOTIVADA POR LA NECESIDAD DE DAR, A VECES SIMULTANEAMENTE, ESCENAS CON ELEVADO NUMERO DE ACTORES Y POR CONSEGUIR DETERMINADOS EFECTOS DE RITMO Y CON-CATENACION.

LOS ESPACIOS UTILIZADOS FUERON:
A) ESCENARIO NORMAL DEL TEATRO.
B) PROLONGACION SOBRE EL PATIO DE BUTACAS, DE UNOS 3 x 5 METROS.
C) GRADAS PARA LAS CORTES.
D) TARIMA PARA LOS MUSICOS.

(Los actores reciben al público desde los distintos espacios. Fuman, charlan entre ellos o con los espectadores. Aguardan, unos a ver, otros a actuar. El actor que hace de Macanaz grita: "¡En pie!". Deslía un pliego y lee, mientras que sus compañeros le observan, todos en la posición solicitada.)

MACANAZ.—Aunque me veais con esta cara de bruto tan grande, yo soy Pedro Macanaz, secretario de Su Majestad con ejercicio de decretos. (Lee.) "Artículo de oficio. El Rey —Declaro que mi real ánimo es no jurar ni acceder a la llamada Constitución ni decreto alguno de las llamadas Cortes Generales y Extraordinarias y además declaro aquella Constitución y aquellos decretos nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubieran pasado jamás tales actos. Y, como el que quisiera sostenerlos y contradijera esta mi real declaración atentaría contra mi soberanía y causaría turbación y desasosiego, declaro reo de lesa majestad a quien tal osare y que como a tal se le imponga la pena de la vida. Que así es mi voluntad. Dado en Valladolid, a 4 de mayo de 1814. Yo, el Rey, Fernando VII".

(La iluminación normal de la sala se transforma en luces concentradas en los espacios indicados. Cada actor va a situarse en su lugar.)

ESCENA 1 (Espacio B)

Murmullos intensos. Las gentes rodean a fray Diego.

- ¿Dónde le has visto?
- ¿Cuándo ha llegado?
- ¿Has hablado con él?
- ¿Qué te ha dicho?
- Dinos algo.

FRAY DIEGO.—¡Aquí, gentes del pueblo! Dios ha tendido su mano sobre la santa España, y al punto se ha hecho la luz en las tinieblas en que estábamos sumidos desde hace seis meses. Miradme. Sólo soy un pobre fraile que se esfuerza por mantener viva la voz por encima de la fatiga que le domina. He cruzado caminos penosos durante muchas horas. Pero estos ojos que el cansancio y el sueño no han sido capaces de cerrar, estos ojos han visto al Deseado. ¡Han visto al Deseado! ¡Fernando está entre nosotros! ¡España ha recibido al más querido y deseado de sus Reyes! *(Cae de rodillas.)* Gracias, Señor, por haberme deparado la dicha de contemplarle. Gracias en nombre de este pueblo devoto y bueno. Gracias y mil veces gracias.

—¿Por dónde va?
—Habla.
—¿De dónde viene?

USANOS, ALCALDE.—Cállad. Está rezando. Demos también gracias a Dios, puesto que El nos lo ha devuelto.

FRAY DIEGO.—Dices bien. Dios nos devuelve a nuestro soberano para que empuñe el timón de las Españas. ¡Y llevará a buen puerto la nave! Le he mirado a los ojos y he visto en Su Majestad la majestad de Dios. ¡Dios y el Rey están en España!

USANOS.—¡Estamos salvados!

FRAY DIEGO.—Su paso por los pueblos y ciudades tiene la fuerza de un volcán. Las masas parecen despertar tras un largo sueño de pesadillas y no cesan de gritar: ¡Fernando! ¡Fernando! ¡Fernando, amigo, padre nuestro, Rey amado, idolatrado! Todos pugnan por besarle los pies. La acogida se repite en todas partes. Cataluña, Aragón, Valencia enteras se han pos-

trado a su paso. Ahora está cerca de vosotros.

USANOS.—No perdamos más tiempo. Tu llegada ha sido providencial. Guíanos hasta el Rey. Queremos rendir a su paso las armas con que hemos luchado contra el francés.

FRAY DIEGO.—¡Bravo, vasallos! Yo os he de llevar hasta Fernando.

—¡Adelante!
—Abre tú la marcha.
—Eres un enviado del cielo.
—No te separes de nosotros.
—Te necesitamos.

FRAY DIEGO.—¿Es así como pensáis testimoniar vuestra fidelidad al soberano? ¿Es que no requiere la ocasión una demostración más brillante del respeto y amor que le profesáis? Vestid vuestras mejores galas, llevad en procesión la imagen de vuestro patrono, vibrad más allá de vuestras propias fuerzas. Fernando necesita recibir señales claras del apoyo de su pueblo. Porque esa canalla liberal no celebra su regreso con el mismo júbilo que nosotros. Apenas el bondadoso monarca ha pisado el suelo patrio ha empezado a tender su fina red de engaños, esa misma que con tanta astucia tejieron en Cádiz, ciudad maldita por los siglos de los siglos. ¡Tratan de atraparle en ella! Pretenden que no le reconozcamos por Rey y señor nuestro.

—¡Viva Fernando!
—El único Rey.
—Ya sólo Fernando manda.
—Nadie más.

USANOS.—Lleve cada uno su arma. Sólo acataremos las leyes que dicte Fernando. No conocemos ni queremos otras.

FRAY DIEGO.—Que Fernando avance por un camino despejado, si es preciso, a punta de cuchillo por los más fieles vasallos. Una lucha sin cuartel nos aguarda. No hay

tiempo para el descanso. Dios nos protege.

(Espacio A)

(Los vecinos salen por todas partes.)

(Manicomio. Vemos a un grupo de locos limpiando la sala. Se prepara un baile en honor del monarca y su séquito a su paso por la ciudad desde el destierro a Madrid. Un funcionario y una monja vigilan las tareas. Se instala también un gran cuadro con la efigie de Fernando.)

LOCO 1.—¿Qué ocurre aquí?

LOCO 2.—Cualquiera sabe.

LOCO 3.—*(Señalando al funcionario.)* Pregúntaselo a aquél.

LOCO 1.—Ese no sabe nada. Tiene cara de tener que preguntarlo todo.

LOCO 3.—Que sí que lo sabe. *(Al Loco 2.)* Anda, entérate tú.

(El loco va hacia el funcionario. Hablan a lo lejos.)

LA MONJA.—*(A los otros locos.)* Terminad pronto la faena que tendréis que salir a llevar las invitaciones.

LOCO 2.—*(Regresando.)* Dice que hay un baile.

LOCO 3.—¿Y para eso arman tanto jaleo?

LOCO 2.—Es que los que vienen son unos locos muy principales. El más principal es aquel tipo.

MONJA.—¡Orden! ¡Orden o no respondo! ¡Ah, indómitos que sólo os portáis bien cuando veis el palo! ¡Tú, no te toques eso que es pecado! Cuánta paciencia me tiene que dar Dios para soportaros. ¿Prometéis estar formales si os recito poesías?

LOCOS.—Sí, sí. Y después cantamos.

MONJA.—Silencio. Silencio. Escuchad: "Ya en España renace la alegría", etcétera.

(Los locos aplauden al terminar el recitado.)

(Espacio A. Otra parte)

(Germán, criado, va con un saco lleno de periódicos viejos y una romana. Va preguntando. Una mujer sale a su encuentro con un buen montón de diarios.)

GERMAN.—¡Compro periódicos viejos! ¡Periódicos viejos al peso! Precio especial para los editados en Cádiz. ¡Periódicos viejos compro!

MUJER.—Toma. Pésalos y dame lo que quieras.

GERMAN.—¿No tienes más?

MUJER.—¿Más dices? ¿Para qué habría de guardar tanto papelote en casa? No sé qué fiebre es ésta de leer los papeles que le ha dado a la gente. A mi amo le come la afición, y si no me ocupara yo de echarlos a la lumbre o tirarlos, a estas horas no sería posible entrar en casa sin riesgo de morir asfixiados debajo de los periódicos.

GERMAN.—¿Cómo has dicho que se llama tu amo?

MUJER.—Don Rogelio Martínez. Esa es su casa.

GERMAN.—*(Tas haber anotado el nombre en su libreta.)* Ten. Bien pagados están.

MUJER.—¿Y qué haces tú con los periódicos?

GERMAN.—Yo, nada. Los compro por cuenta de mi amo.

MUJER.—Pobre. Debe estar más loco que el mío. ¿Los lee todos?

GERMAN.—No se lo he preguntado.

MUJER.—¿Es hombre importante?

GERMAN.—Sí, y mucho.

(En este punto entra la primera canción. Los actores la siguen según sus indicaciones.)

Queremos jugar el juego que la historia es relatar, en este juego, señores, todos debemos entrar.

En la plaza forme el corro, la gallina hay que buscar, para meterla en el centro y que empiece a señalar.

Mas estas noches, señores, gallina ciega no habrá, al que acuse su dedo sus ojos antes verán.

Que nadie entre en el corro si algo debe ocultar, pues estando en él dentro ya no se podrá soltar.

Vamos a saltar el tiempo para *alante* y para *atrás*, el que se quede dormido el cuento no entenderá.

Se mezclarán las historias, aquí, allí y acullá, no se inquieten, señorías, que alguien les conducirá.

Hay un lugar para todos, nobles, clero y menestral, incluso un sitio guardado al que se hace desear.

Empiece a girar el corro, ya le habremos de parar cuando la gallina quiera una llaga señalar.

ESCENA 2 (Espacio B)

(El Rey y sus ministros. Es la cámara real.)

VILLAMIL, MINISTRO DE HACIENDA.—Señor, el estado del Erario no es suficiente para atender los enormes gastos. El Reino no tiene recursos para costearse su Ejército ni su Marina, tampoco para dotar dignamente la Casa Real. España es pobre, pobrísima. Necesita los caudales de América para vivir con algún decoro entre las naciones de Europa.

FERNANDO.—Y esos caudales de América, ¿dónde están?

VILLAMIL.—La situación es grave. La América está toda sublevada. Las juntas rebeldes funcionan en Buenos Aires, Caracas y Valparaíso, en Bogotá y Montevideo.

Washington trastorna Méjico, y Brasil e Inglaterra, el Uruguay y Chile.

FERNANDO.—¿Qué más?

VILLAMIL.—La insurrección americana exige un gran esfuerzo, un esfuerzo colosal.

FERNANDO.—*(Abatido.)* ¡Hombres, dineros, barcos!

VILLAMIL.—Lo primero no falta, pero, ¿cómo los equiparemos?, ¿en qué barcos los lanzaremos al mar?

FERNANDO.—*(Sonríe con tristeza.)* Risueño cuadro acabas de trazar.

VILLAMIL.—Risueño, no, pero sí verdadero. *(Digno.)* Si ocultase a mi Rey la verdad, sería indigno del afecto que Vuestra Majestad me profesa

CEBALLOS, MINISTRO DEL ESTADO.—Señor, no olvide Vuestra Majestad que si se lleva a cabo el tratado con Inglaterra de abolición de la trata de negros, obtendremos muchos miles de libras.

FERNANDO.—Es verdad. Estudiad, pues, un plan cualquiera que mejore la situación en que nos hallamos. Ceballos, Villamil, discurrid un vasto plan que nos proporcione los recursos necesarios para sofocar la insurrección americana, ¿me entendéis?

CEBALLOS.—Manifestaré más adelante a Vuestra Majestad algo que he meditado.

FERNANDO.—Habla mañana más despacio. Podéis ir. *(Salen Villamil y Ceballos tras reverencia. Pausa. El Rey se dirige a Ugarte, que permanecía silencioso en la anterior conversación.)* ¿Qué dices a esto, Ugarte?

UGARTE.—Que admiro la paciencia de Vuestra Majestad.

FERNANDO.—La verdad es que no estamos en Jauja. *(Suspira.)* ¡Despidámonos de las Américas!

UGARTE.—¿Por qué, Señor? Yo me comprometo a

pertrechar un ejército que doblegue a esos sublevados.

FERNANDO.—Tú tendrás alguna mina. ¿Quieres decirme dónde está?

UGARTE.—Se hará el alistamiento, se comprarán los navíos...

FERNANDO.—¿Con qué?

UGARTE.—Si poseo la confianza de mi soberano, me sobrarán fondos...

FERNANDO.—(Vivamente interesado.) La tienes.

UGARTE.—En lugar de pagar a los negreros con la indemnización que nos dará Inglaterra y que se pierdan las Américas, ¿no vale más dejarles sin indemnización y conservar los esclavos y las tierras?

FERNANDO.—(Eufórico.) Está dicho todo. Tienes mi autorización para hacer el alistamiento, para tomar de la Real Hacienda los fondos necesarios, para tratar de la compra de buques, vestuario y demás.

UGARTE.—(Acariciándose la boca con la pluma.) Permítame Vuestra Majestad que decline tan grande honor, pero... no puedo pensar en el desarrollo de mis proyectos mientras sea ministro de Hacienda el señor Villamil.

FERNANDO.—¡Bah, bah! (A Artieda, secretario.) Artieda: extiende la destitución de Villamil. Que se le lleve esta noche.

(Surge entre el público una procesión de seminaristas que se dirige hasta el espacio A en donde les espera el rector del Seminario de Cádiz ante un atril. Los seminaristas cantan y piden limosna.)

Santo Fuerte, Santo Inmortal.
Libranos, Señor, de todo mal.
De las almas en pecado,
tengamos todos piedad.
Tus hermanos pecadores
merecen tu caridad.
Una limosna tan sólo
puede darles la Eternidad.
Santo Fuerte, Santo Inmortal.

Libranos, Señor, de todo mal.

(Quedan todos sentados en bancos, frente al rector. En el espacio C, cortés, un grupo de actores atienden atentos las evoluciones de los seminaristas.)

RECTOR.—Amadísimos hijos en el Señor. Venerable claustro de profesores. "Nisi Domine custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam". Si el Señor no guardase la ciudad, en vano vigila quien la guarda. Salmo ciento veintiséis, versículo segundo. Realmente en nuestra amada patria quien nos guarda es el Señor. Nuestro católico soberano no vigila vanamente. Porque es el Señor quien de verdad nos guarda. Cuando es el Señor el que guarda, el que vigila no vigila en vano. ¡Con cuánta sabiduría, con qué pleclara visión del futuro, nuestro católico soberano Fernando nos instruía amorosamente sobre la educación moral e incluso política que deberíamos dar a nuestros seminaristas. (Toses. Gestos de asentimiento.) Creo que éste debe ser el lema a colocar en el frontís del curso que hoy comienza: Dios y la Iglesia. No puede haber lo uno sin la otra. Los que en aquellas nefastas Cortes Constituyentes, vergüenza de la nación, quisieron separar a Dios de la Iglesia, lo que buscaban era la unión con el diablo. (Conato de aplauso.) Oíd y recordad, amadísimos hijos, lo que aquellos ímpios predicaban, y veréis cómo el santo celo que lleváis dentro se os agolpa en el corazón y os hace cabalgar en los caballos desbocados de la santa ira.

(Los actores que están en C quedan inmóviles. Dos seminaristas corren hacia ellos, disfrazándose con un extraño gorro para imitar a Argüelles y al conde de Toreno.)

ARGUELLES.—Ayer apareció un pasquín pegado en las puertas de esta iglesia donde se nos prometía darnos sepultura. Y hoy recibo un anónimo con la macabra promesa de cortarme el cuello. Yo sé que los conjurados están ahí arriba y que alguien los paga y maneja. Sería capaz de decir quién los manda. Pero no lo haré, necesito la emoción de estos rencores ocultos. Cuando estoy hablando, miro sus rostros agazapados en la sombra, maquinando la muerte de muchos de nosotros, que es maquinarse contra la Libertad y la Fraternidad de los españoles. Yo les hablo con el corazón de un hombre que cree en Dios y no en los curas, y ellos siguen sin comprenderme.

TORENO.—Permítame, vuestra señoría. Si atentan contra un diputado, atentan contra la existencia de estas Cortes Constituyentes. Es de la obligación de vuestra señoría declarar vuestras sospechas.

ARGUELLES.—Pero esos hombres utilizados por otros son parte de nuestro pueblo. Y cuando les hablo, comprendo sus lacras y sus virtudes, porque yo, caballeros, creo en la soberanía popular. ¡No, no les delataré!... Para ellos estamos construyendo una patria nueva. ¿Preferiríais un Argüelles muerto de miedo, escondido y trémulo? Pero aquí tenéis a otro Argüelles, al hombre responsable, al "iustum ac tenacem propositi virum" de quien nos habló el poeta.

TORENO.—No se trata de argumentar sobre la libertad. Se trata de la vida de todos nosotros. Los diputados son inviolables, y quien atente contra un diputado atenta contra la nación. ¡Señor Argüelles, es la vida futura de la nación lo que aquí se discute! ¡No hemos venido a hablar de Dios ni de Santo

Tomás! ¡Seamos paganos alguna vez y hablemos de cosas de la tierra!

CANCION

Buenos cómicos son éstos que terminan de actuar, aun sin tablado lo hacen en su vida regular.

Estribillo.

Ellos te marcan a quiénes tú tienes que abandonar en nombre de Fernandito y del bienestar nacional.

Estribillo.

Cuando ya no queda nadie con alguien alrededor, van ellos y te reúnen debajo de su pendón.

Estribillo.

Linda época es ésta para el rebaño guiar, pues golpeando el suelo mil borregos saltarán.

Estribillo.

Trepan y trepan arriba luego se ponen a hablar, y los que estamos debajo aguanta que aguantarás.

ESCENA 3

(Su primera parte —relación tomada de las actas de las Cortes de Cádiz— fue suprimida antes del estreno. La segunda pasó a encabezar la escena 6.)

ESCENA 4 (Espacio B)

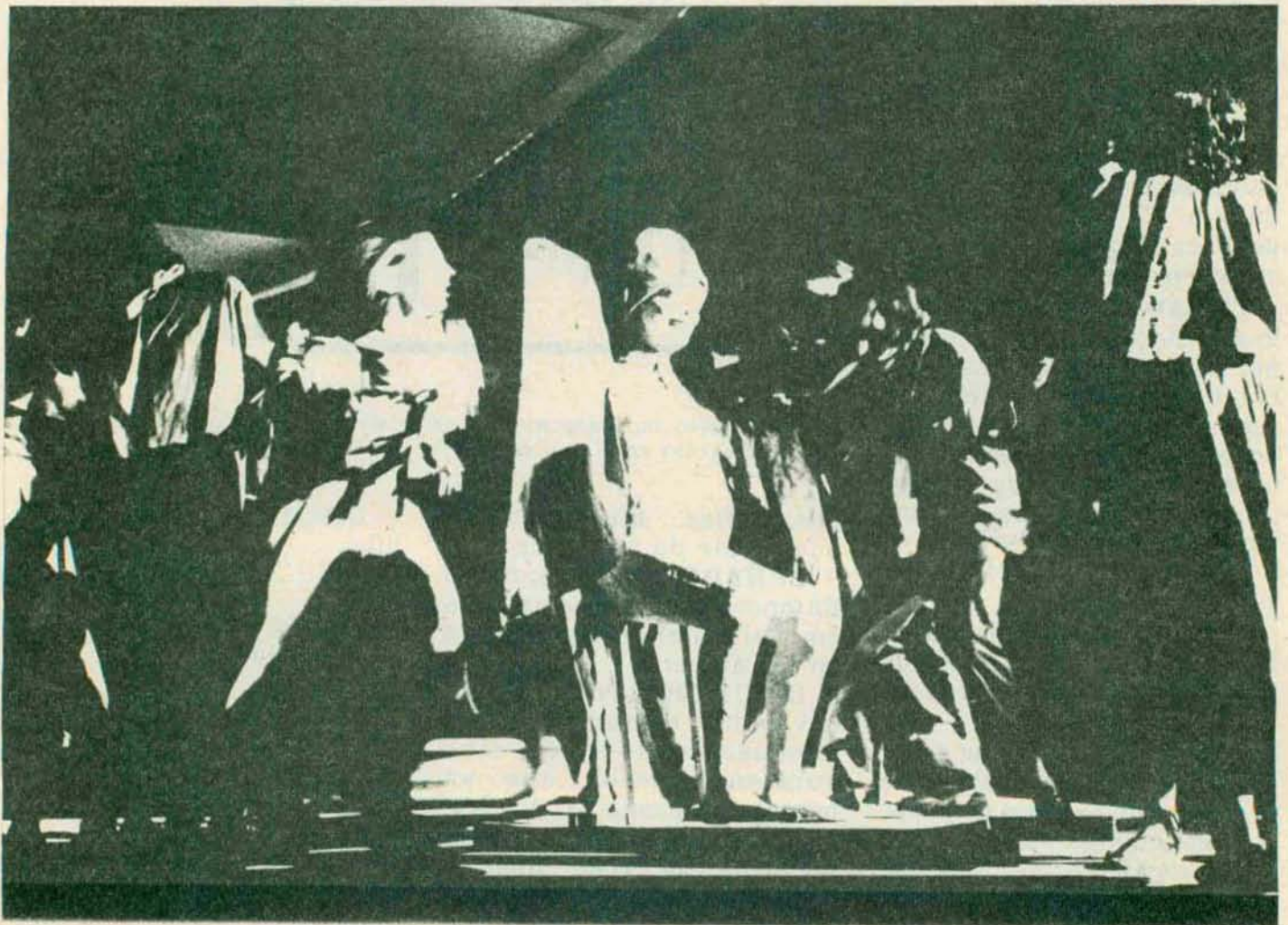
(Volvemos al pueblo en donde fray Diego prepara el

recibimiento del Rey. Un aldeano ha construido una estatua del monarca que portarán los vecinos a hombros de un rudimentario trono. Fray Diego les advierte del peligro liberal y las gentes salen a "cazar sospechosos".

(Espacio A)

(Simultáneamente se instalan en este escenario tres espejos frente a los cuales vemos a otros tantos liberales que representarán tres posturas ante la invitación que reciben para asistir al baile en honor del monarca: un liberal "se cambia de chaqueta" para asistir a la velada; otro rompe la invitación; otro, consciente de su fracaso, acepta el papel de vícti-

INFLUIDOS POR LAS ALOCUCIONES DE FRAY DIEGO, FANATICO PARTIDARIO DE FERNANDO VII, UN GRUPO DE ALDEANOS CONSTRUYEN UNA ESTATUA DEL MONARCA (EN PRIMER TERMINO DE LA FOTO) COMO MEJOR MANERA DE RECIBIRLE.



ma. Veamos el fragmento que corresponde a esta última postura.)

ESPOSA.—(Al cuñado.) Háblale tú. Yo no puedo convencerle.

CUÑADO.—¿Qué puedo decirle?

DIPUTADO.—Nada. No hay nada que decir.

ESPOSA.—¿Es que no hay forma de impedir que vayas a esa fiesta?

DIPUTADO.—No hay forma. Iré.

ESPOSA.—Si tú mismo reconoces que habéis fracasado...

DIPUTADO.—Por eso mismo.

ESPOSA.—¡Quijote! Todos dan la espalda a la Constitución, el pueblo no responde a las esperanzas que habéis puesto en él... Y tú, Quijote, siempre Quijote...

CUÑADO.—Tal vez el Rey...

DIPUTADO.—El Rey no aceptará que limitemos su poder. ¿Cómo va a aceptarlo si lo primero que han hecho las masas ha sido sustituir los caballos de su carroza y tirar de ella? La ignorancia de la gente es el mejor soporte para su poder absoluto.

CUÑADO.—No puedo creer lo que decís. El pueblo español pertenece a esa raza de hombres que no admiten ser subyugados por los enemigos de la libertad. Tal vez la gente esté deslumbrada por el regreso del Rey, pero si vosotros, los que adivináis el futuro, la advertís del peligro que nos acecha...

DIPUTADO.—El pueblo no nos escucha. ¿Qué sabe de nosotros? ¿Acaso sabemos nosotros algo de él?

CUÑADO.—Claro que sabemos de él. Es un pueblo heroico, valiente. Ese Dos de Mayo lo atestigua.

DIPUTADO.—Ese Dos de Mayo nos ha engañado y muchos no os habéis dado

cuenta aún. Ese Dos de Mayo, querido cuñado, ha sido un puro accidente en nuestra historia. Yo mismo, pensando en él, he creído que bastaba que se atentase contra cualquiera de los logros de la Constitución para que el pueblo se alzara en armas. He pensado que llegado el caso estallarían la guerra civil. Pero ya ves cuánta era mi ignorancia. Mira con tus propios ojos a ese pueblo en el

hemos equivocado la forma de luchar y gritarán desesperados: "Despertad, compañeros, despertad".

CUÑADO.—Has elegido el papel de víctima.

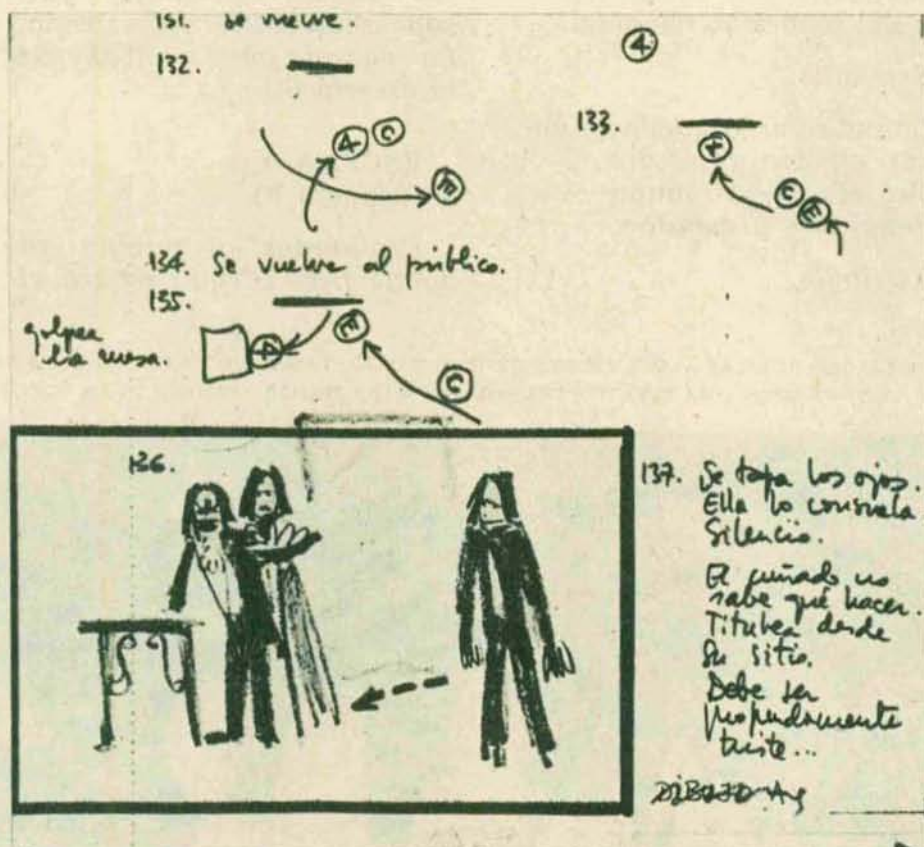
ESPOSA.—¿No es una locura?

DIPUTADO.—No insistáis más.

CUÑADO.—¿Está decidido?

DIPUTADO.—Lo está.

ESPOSA.—Déjame que te acompañe.



(DEL CUADERNO DE DIRECCION DE «EL FERNANDO»: ESCENA 4, ESPACIO A, DIALOGO ENTRE EL DIPUTADO, SU ESPOSA Y SU CUÑADO.)

que confías... Mira tú. Yo no puedo. Me da vergüenza...

CUÑADO.—(Tras pausa.) Entonces, ¿a qué ese empeño en ir al baile? ¿A qué meterte en la ratonera?

DIPUTADO.—Porque algunos no han comprendido aún la situación. No saben, o no quieren saberlo, que ya hemos fracasado. Y no despertarán de su dulce sueño mientras no vean nuestra propia sangre derramada. Entonces comprenderán que

DIPUTADO.— Te lo prohíbo.

ESCENA 5 (Espacio A)

(Siguiendo el ritmo de la canción, los seminaristas vuelven al.)

(Espacio A)

(Continúa la disertación del rector del seminario de Cádiz.)

**Un fraile, dos frailes,
el seminario
está que arde.**

RECTOR.—¿Para qué seguir esta fatídica historia? Basta con lo aquí tratado para que os déis cuenta en qué caos se debatía moribunda la patria española. Sólo un soberano católico podría ser capaz de librarnos de semejante gentuza. Gentes desamparadas que declaran la soberanía de los ignorantes y los zánganos de la plebe y borran a la Iglesia de sus libros.

SEMINARISTA REBELDE.
¡No! ¡No estoy de acuerdo!
(Pequeño alboroto entre los seminaristas.) ¡No es justo tratar así la memoria de un hombre!

RECTOR.—En el nombre de la Santa Madre Iglesia, hijo, el demonio habla por tu boca... No puedes hacernos mentir...

SEMINARISTA REBELDE.
¡Déjeme creer en la honradez del hombre! Déjenos creer en la honestidad y en la rectitud de todos aquellos que se afanaban por dejarnos un país más alegre y más justo. Recordadlos cuando luchaban consigo mismos y se juzgaban sus propias conciencias.

(Los dos seminaristas que antes hicieron burlescamente de Argüelles y Toreno repiten su actuación, esta vez de manera dignificadora.)

(Espacio C)

ARGUELLES.—*(Con unas hojas de papel en sus manos.)* He querido, padre, que lea usted algunas de mis ideas para oír después su parecer.

CABRERA.—Gracias por tu confianza, Agustín.

ARGUELLES.—Aunque en el fondo yo no estoy de acuerdo con sus convicciones, padre, usted representa un sector de la Iglesia cuyo criterio es muy importante.

CABRERA.—¿Tenías la conciencia limpia cuando te decidiste a escribir?

ARGUELLES.—Sí, puedo jurarlo.

CABRERA.—Pues eso es mucho más importante que el criterio de un pobre cura.

ARGUELLES.—Yo presentaré una proposición que será discutida. Y de esa discusión saldrá la luz.

CABRERA.—¡Ya! El sistema liberal. Si un disparate está aprobado por la mitad más uno, deja ya de ser disparate.

ARGUELLES.—Le recuerdo, querido padre Cabrera, que usted también pasa por liberal.

CABRERA.—Sí..., ya... Me llaman eso. ¿Será malo, Dios mío?

TORENO.—Padre, no se lo pregunte al obispo de Orense. Le dirá que es muy malo.

(Todos ríen.)

CABRERA.—Pero Dios nos ha hecho libres y nos ha dado el libre albedrío, y nosotros...

TORENO.—No se atormenten, padre. El daño sólo está en todo aquello que no es producto de la libertad.

CABRERA.—Sí. El pecado del hombre. Ese es el fruto de la carencia de la libertad.

TORENO.—¡No diría yo tanto! Pero en el fondo estoy de acuerdo.

CABRERA.—¡Todos estamos de acuerdo!

TORENO.—A veces pienso que necesitaríamos un himno..., algo nuestro que nos uniese... y que nos expresase.

CABRERA.—Un himno a la libertad.

TORENO.—¿Ve usted, padre, como es más liberal que todos nosotros? *(Ríe.)*

CABRERA.—*(Por Argüelles.)* ¿Qué le ocurre a ése?

TORENO.—¿En qué piensas, Agustín?

ARGUELLES.—¿De qué servirá todo esto a nuestro país?

CABRERA.—Ten esperanza.

ARGUELLES.—¿Sabes lo que ocurrirá con el tiempo? Vamos a dar lugar a un parto de dos Españas irreconciliables: la España que quiere explicarse y la España que no querrá que le expliquen nada.

CABRERA.—Yo también he pensado que muchos sufrirán por nuestra culpa. Porque nosotros estamos creando el motivo de la discordia.

ARGUELLES.—*(Levantando sus papeles.)* ¡Y estos papeles emborronados serán ese motivo!

(Espacio A)

(Sube de nuevo la luz al espacio A. Una mujer, La Coronela, aparece en escena pidiéndole al rector, a voz en grito, que vaya a exorcizar su casa, ya que la había alquilado a un "constitucionalista". Los seminaristas salen cantando:)

**Bórrese de la memoria
la infernal Constitución,
y sólo sirva a la Historia
para eterna execración.**

**El irracional ateo
el ciego materialista,
el soberbio jansenista,
y el masón epicureo,
ardían en el deseo
de vivir a su placer
sin monarca a quien temer
ni más ley que su pasión.**

**Bórrese de la memoria
la infernal Constitución,
y sólo sirva a la Historia
para eterna execración.**

(Aparece en seguida un grupo de gentes que invade todos los espacios y la sala.)

—¡Abajo el Rey absoluto!

—¡Abajo la Inquisición!
¡Represores!

(Cantan)

**Trágala o muere,
vil servilón,**

ya no la arrancas,
ya no la arrancas
ni con palancas
de la nación.

En vuestro auxilio
traer cosacos,
traer austríacos
aquí a lidiar;
fuerza en los brazos
sobra en nosotros
para unos y otros
exterminar.

Trágala o muere, etc.
Si los facciosos
forman empeño
y su diseño
es desquiciar
el fundamento
de nuestra gloria,
esta victoria
no lograrán.

repartir un idearium liberal
que llaman vulgarmente
Catecismo Político de la Cons-
titución. Atraviesan la sala
hasta llegar al

(Espacio B)

(Grupo de aldeanos hacien-
do las faenas del campo. Esta
escena se ofrece paralela-
mente a la de una escuela de
niñas en espacio A.)

MAESTRO.—Y ahora va-
mos a repasar el Catecismo
Político... ¿Listas?

NIÑAS.—Sí, señor maestro.

MAESTRO.—Que conteste
sólo una a cada pregunta. La
que yo señale con la regla...

UNA NIÑA.—¿Como cuando
reparamos el otro catecisi-
mo?

torio ocupa esta gran nación?

NIÑA.—El territorio espa-
ñol comprende... de la penín-
sula... (Sigue mimando la
acción.)

(en espacio B)

DIPUTADO.—Tenga, buen
hombre.

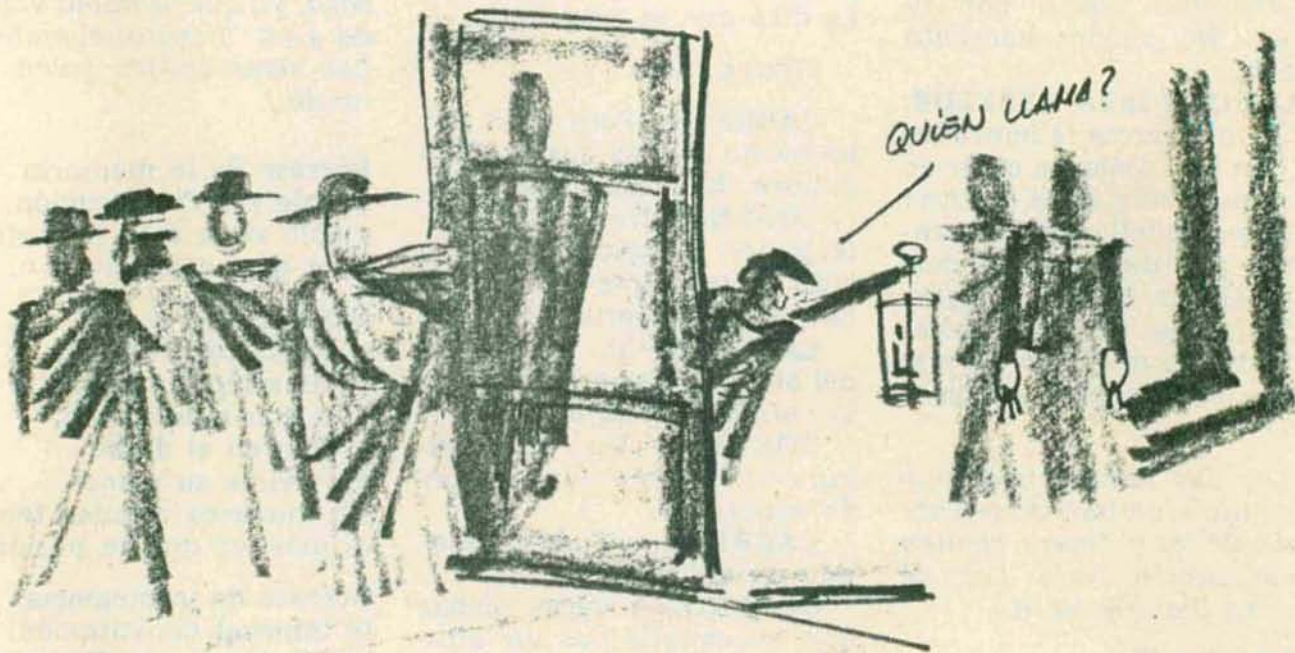
ALDEANO 1.—¿Qué es
esto?

AYUDANTE.—Es la Consti-
tución en forma de catecisi-
mo, la Constitución explicada
con claridad y amenidad...

ALDEANO 1.—¿Es gratis?

(Espacio A)

NIÑA. — (Que todavía
seguía su retahila.) ... En la
América Septentrional, Nue-
va España, con la Nueva



(ESCENA 5: DETENCION DEL CORONEL VAN HALEN POR LA INQUISICION.)

(Aparecen unos inquisi-
dores que llevan preso al
coronel Van Halen. Lo encar-
celan.)

ESCENA 6

(En el espacio C, un diputa-
do y su ayudante se disponen
a emprender la labor de

MAESTRO.—Igual. ¿Enten-
dido?

NIÑAS.—Sí, señor maestro.

MAESTRO. — Adelante,
pues: ¿Qué es la nación espa-
ñola?

LA NIÑA SEÑALADA.—La
reunión de todos los espa-
ñoles en ambos hemisferios.

MAESTRO.—¿Qué terri-

Galicia y Península del Yuca-
tán Guatemala y provincias
de Oriente, provincias...
esto..., provincias...

MAESTRO.—Internas.

NIÑA.—Provincias inter-
nas de Occidente, isla de
Cuba...

MAESTRO.—(A otra.) Sigue
tú.

NIÑA 2.—Este..., isla de Cuba, isla de Cuba..., Este... Es que no me acuerdo.

(El maestro se indigna y le da un palmetazo. Mientras...)

(Espacio B)

ALDEANO 2.—¿Qué pone aquí.

ALDEANO 3.—No lo sé.

ALDEANO 4.—Hay que guardarlo bien, porque puede hacer falta para algo.

ALDEANO 3.—Poca falta hará cuando regalan tantos.

(Espacio A)

MAESTRO.—*(A otra niña.)* ¿Tiene dueño esta nación?

NIÑA 3.—No; porque siendo libre e independiente no es, ni puede ser, patrimonio de ninguna familia ni persona; además, que en ella reside esencialmente la soberanía y, por lo mismo, le pertenece el derecho de establecer sus leyes fundamentales.

MAESTRO.—¿Qué quiere decir esto?

NIÑA 3.—No lo sé.

MAESTRO.—¿Cómo dices, botarate?

NIÑA 3.—Que no lo entiendo.

MAESTRO.—No lo entiendes. ¿eh? Mañana lo entenderás mejor cuando lo hayas escrito diez veces. *(Va a apuntar el castigo en su libreta.)*

(Espacio B)

ALDEANO VIEJO.—Anda, zagal, léeme lo que pone aquí.

JOVEN.—No sé.

ALDEANO VIEJO.—¿Pues no decía tu padre que en el cuartel te enseñaron a leer?

JOVEN.—Es que mi padre se ha equivocado. Lo que yo sé es de números.

(El diputado y su ayudante miran a los aldeanos con satisfacción.)

DIPUTADO.—Nunca más pisotearán sus derechos.

AYUDANTE.—Con qué

curiosidad pasan las hojas.

DIPUTADO.—Y lo miran del derecho y del revés.

AYUDANTE.—Es tanto su afán por leer que van de una página a otra sin saber por cuál empezar.

DIPUTADO.—Y aún hay quien dice que el pueblo es indiferente a la cultura.

(Espacio A)

MAESTRO.—*(A otra niña.)* ¿Qué quiere decir esto?

NIÑA 4.—Que esta reunión de todos los españoles a nadie tiene sobre sí; de suerte que, concurriendo la voluntad de todos, o de la mayor parte, pueden disponer cuando juzguen conveniente para su felicidad, sin que haya persona alguna que tenga facultad ni derecho para oponerse a sus deliberaciones.

MAESTRO.—*(A otra.)* ¿No es el Rey soberano?

NIÑA 5.—El Rey es un ciudadano como los demás, que recibe su autoridad de la nación; pero como ésta le concede... *(Sigue con el soniquete característico.)*

(Espacio B)

ALDEANO 1.—Debe estar escrito en latín.

ALDEANO 2.—Mira a ver el mío.

ALDEANO 4.—¿No ves que todos son iguales?

ALDEANO 2.—¿Entonces, también está en latín?

ALDEANO 4.—Pues claro, hombre.

ALDEANO 2.—Entonces el cura ha de entenderlo bien.

(Se les acerca el diputado, y llega corriendo al grupo el...)

ALDEANO 3.—¿Puede darme otro libro de éstos, que el de antes se lo he enseñado al señor cura y lo ha roto?

DIPUTADO.—¿Qué me dice, buen hombre?

ALDEANO 3.—Lo que oye. *(Salen todos presurosos.)*

(Espacio A)

NIÑA 5.—*(Terminando)* ... de su dignidad como para inspirar el respeto que se le debe.

MAESTRO.—¿Cuáles son los derechos de los españoles?

NIÑA 5.—Se ha saltado una pregunta, señor maestro.

MAESTRO.—A callar. Contesta a lo que te pregunto.

NIÑA 5.—Es que salteadas no me las sé.

MAESTRO.—*(Le zurra. A otra.)* Responde tú.

NIÑA 6.—La libertad, la seguridad, la propiedad y la igualdad.

MAESTRO.—Para mañana repasáis esto otra vez y os estudiáis desde "igualdad" hasta...

(Espacio B)

(Sólo quedan los aldeanos joven y viejo.)

JOVEN.—Es lo que más rabia me da cuando me dan ganas de hacer de vientre...

VIEJO.—Límpiate el culo con un canto. Otra cosa no hay en el campo...

JOVEN.—Los cantos arañan.

VIEJO.—Pues lleva siempre papel. *(Arranca unas hojas de un catecismo de los que acaban de darle.)* ¿Ves esta hoja? Toma.

JOVEN.—Pero, ¿qué haces? Has roto el Catecismo de la Const...

VIEJO.—Bueno. ¿Es papel o no es papel?

(Espacio C)

LAS CORTES

UN LIBERAL.—Tal vez estemos demasiado lejos de ese pueblo al que deseamos servir.

OTRO LIBERAL.—Es posible que estemos cometiendo algunos errores, pero, ¿quién puede evitarlos? Nuestra causa es justa, también intentamos serlo nosotros. Es a ellos, a los hombres que están ahogando nuestro futuro a los

que es preciso poner el casca-
bel.

CANCION

A aquellos que atontando
gentes su agosto consiguen
siempre hacer,
¿quién les pondrá el casca-
bel?

A los dignos que compran
delaciones
a otros que no tienen en la tri-
pa ná,
¿quién les pondrá el casca-
bel?

A los puros y limpios manda-
mases
que usan y abusan de tener
poder,
¿quién les pondrá el casca-
bel?

A todos los señores que el
mundo
para ellos pretenden estre-
char,
¿quién les pondrá el casca-
bel?

ESCENA 7

(Mientras transcurre la canción, en el espacio B un matarife adiestra a un militar liberal a manejar el cuchillo. Ya que se prepara un atentado en donde el Rey es la víctima señalada. Los ejercicios son ante un muñeco de paja que, si bien cae a golpes del liberal, vuelve a levantarse para el siguiente ejercicio. Esta metáfora es bien vista por los compañeros liberales del militar, que le convencen para que no se exponga.)

(Al tiempo, en el espacio A, don Hipólito, ex inquisidor, recibe a un grupo de simpatizantes del Santo Oficio a una velada que tiene por finalidad juzgar a una serie de periódicos liberales, aquellos que buscara su criado Germán comprándolos por peso. La escena acaba así.)

DON HIPOLITO.—... Vol-
verán las hogueras inquisi-

toriales para bien de España. No habrá piedad para nadie. Pero en tanto llegan las verdaderas hogueras, hagamos una pequeña, a guisa de despedida. Después, con mejor humor, tomaremos un chocolate. Anda, Germán, descubre la "tarta".

(Germán descubre un objeto oculto tras un lienzo. Se trata de un muñeco de proporciones humanas hecho en su totalidad con periódicos liberales.)

Acérquense. Sin miedo.

—Estupenda idea.

—Es el mejor colofón que podía pensarse para un juicio a la prensa liberal.

—¡Qué efigie tan graciosa!

—¿La ha confeccionado usted mismo?

—Estoy deseando verla arder.

(Don Hipólito, emocionado, esgrime un hachón y lo acerca al muñeco. Pausa. Silencio emocionado de todos. Le prende fuego.)

DON HIPOLITO.—No se queden así, amigos. ¿Es que vamos a consentir que el fuego se extinga en un par de minutos? Vamos a alimentar la hoguera. Papel no falta.

(Estallido de risas histéricas. Todos arrojan periódicos a la hoguera.)

PAREDES.—¡Un momento de atención! ¡Un momento, por favor! *(Tirando un librito al fuego.)* ¡¡¡Es la Constitución, la maldita Constitución!!!

(Alboroto sin control. Poco a poco van cayendo todos extenuados. Llega Germán con una gran bandeja.)

GERMÁN.—El chocolate está servido.

ESCENA 8

(En el espacio B, un hombre limpia su escopeta para ir

a cazar liberales. Su posición se explica por la vehemencia con que Fray Diego instó a estas buenas gentes para tamaño desatino, ya que su mujer le hace recapacitar sobre el hecho.)

(Esta escena se liga a la siguiente mediante este estribillo que lanzan las gentes a medida que van llevando liberales a la plaza, ante la mirada complacida de Fray Diego.)

En viendo alguno venir
en forma cornamental,
no tenéis más que decir,
este amigo es liberal.

(Espacio B)

UNO.—¡Aquí traemos a éste!

FRAY DIEGO.—¿Quién es?
USANOS.—Tiene afición a la Filosofía.

FRAY DIEGO.—No se puede ser a un tiempo filósofo y buen católico.

UNA MUJER.—Pasa el día encerrado leyendo esos libros.

OTRA.—Y envenenando a los mozos con su charlatanería.

OTRA.—Tiene la casa llena de libros y de dibujos.

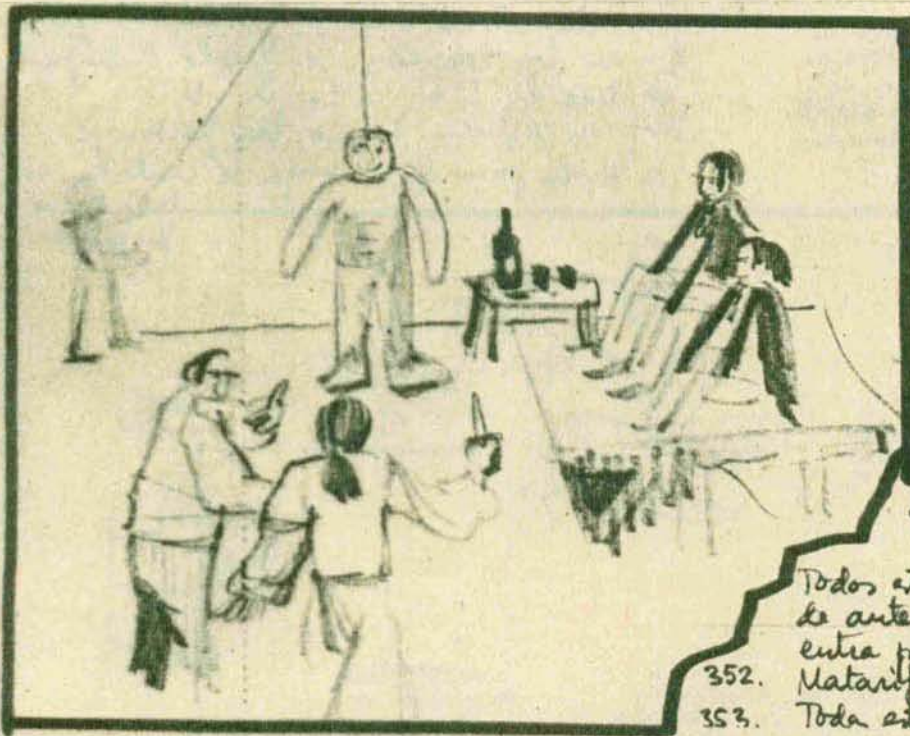
FRAY DIEGO.—¿Qué clase de literatura es ésa?

ALGUIEN.—No se sabe.

FRAY DIEGO.—No es bueno leer en exceso, pero si éstas son las lecturas de este hombre os aseguro que no es liberal. Devolvedle lo que es suyo y dejadle ir en paz. *(Esto lo ha dicho tras comprobar los lomos de los libros que le presentan.)*

SOSPECHOSO.— Gracias, gracias. Muchas veces les he dicho que harían bien en aprender a leer, que no es malo conocer las doctrinas de Dios. *(Va a salir.)*

USANOS.—¿No nos acompañas a honrar al Rey?



DIBUJO C
 El muñeco está
 pendiente de un
 cuerdas que pasa
 por una polea
 al extremo de un
 poste cercano a
 la división de
 A y E.

DIBUJO D.

El muñeco, desde
 el principio, está
 de pie.

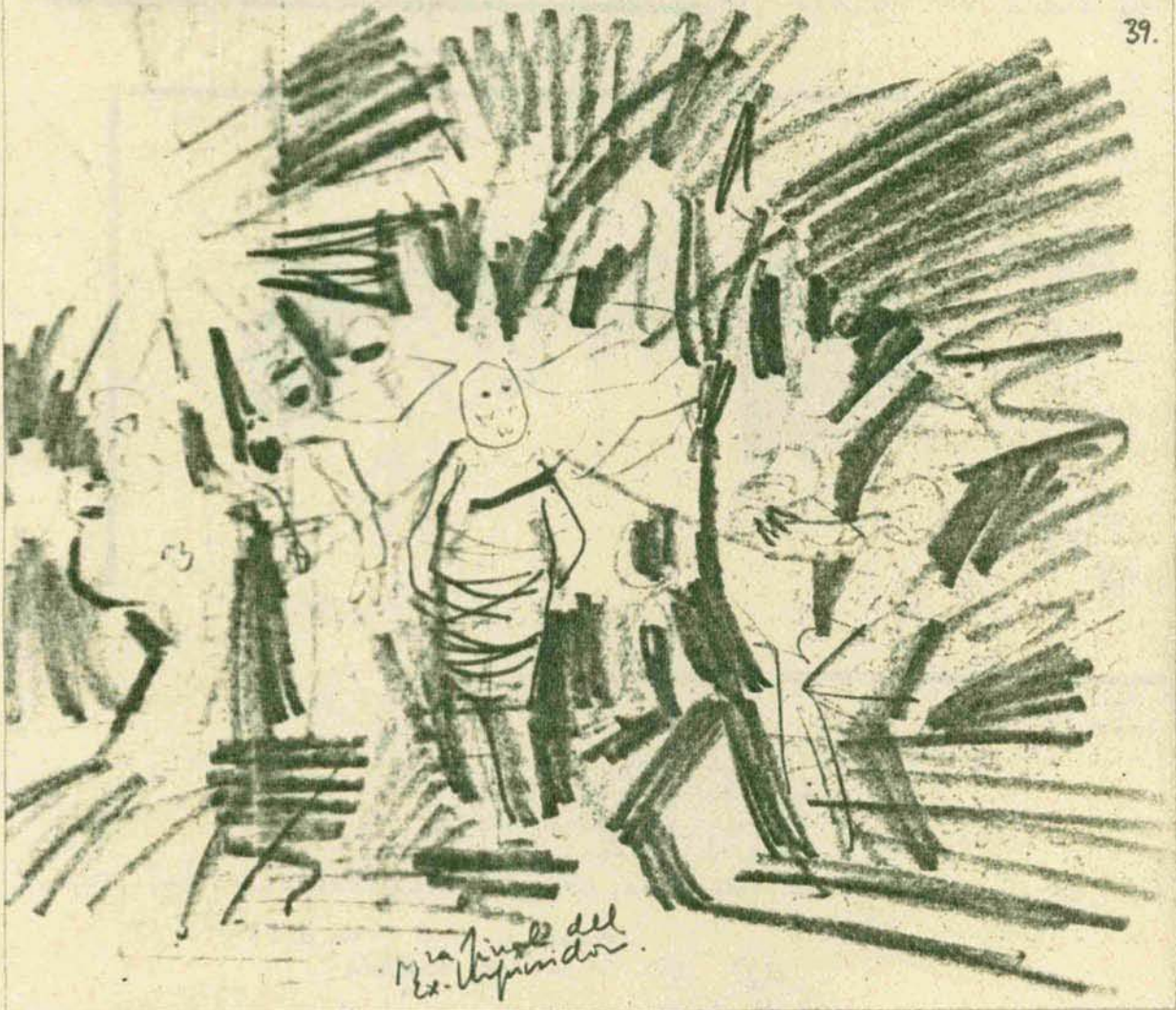
Todos están repasados
 de antemano. Entregado
 entra para hablar el
 Natarife.

352.

353.

Toda esta recomendación.

39.



Mia Jingle del
 Ex. Unipundor.

(AMBOS FRAGMENTOS DEL CUADERNO DE DIRECCION PERTENECEN A LA ESCENA 7 Y SE CENTRAN EN MUÑECOS: ARRIBA, SOBRE EL QUE UN MILITAR LIBERAL SE ADIESTRA EN MANEJAR EL CUCHILLO; ABAJO, EL FORMADO CON PERIODICOS LIBERALES QUE SE QUEMAN A MANERA DE HOGUERA INQUISITORIAL.)

Poco a poco, se
va ido volviendo
hacia ellos, el
H. con su escopeta
a la mano.

DIBUJO F.

216. Yo vuelvo a ver, por todas partes de
los salones, los bullidos de los que
buscan los liberales. Se puede distinguir
la voz de F. D. y la de V.
Hay un silencio en los tres personajes.

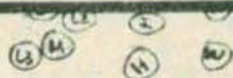
217. Habla para él. la mujer le contesta con
una grave
respuesta.



¿VAS A MARRAR
FRANCÉSES...?

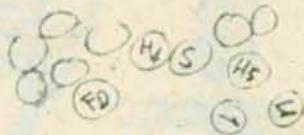
Poco a poco
van bajando
los sordidos
de fuera.

Hay un estudio
luego de grande



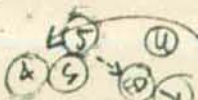
331. Se vuelve al grupo.

DIBUJO F.



332. F. D. habla con gran
arriero a todos. Como
siendo: "¿os cuenta un pie
pente estáis hablando!"
La voz de los consejos vienen desacompañadas y suena

333. Aida F. D. y el cuerpo del S.
se vuelve también.



(ESCENA 8, ESPACIO B: PREPARACION DE LA «CAZA» DE LIBERALES —DIBUJO SUPERIOR—; NUEVA INTERVENCION DE FRAY DIEGO —DIBUJO INFERIOR— EN CONTRA DE LAS LECTURAS.)

(El sospechoso se revuelve y, al hacer el movimiento, se le caen algunos libros. Van las tapas por un lado y el contenido por otro. Fray Diego, al ayudarlo a coger los volúmenes, se percata del engaño.)

FRAY DIEGO.—¡Maldito cínico, hijo de Satanás! Rousseau, Voltaire, Robespierre... Bien urdido tenía el engaño. Los libros de los herejes con tapas de santidad. No le dejéis marchar. Esos libros son como lobos con piel de cordero. ¡Ten! ¡Ten y mil veces ten! Atadle esos libros a los tobillos, que él mismo los arrastre al caminar, que cada paso que dé destruya una de esas infernales páginas.

(Mientras que la gente cumple esta orden, sale Catalina.)

FRAY DIEGO.—¿Quién es esta mujer?

UNA.—Catalina, la puta.

USANOS.—Excusa el atrevimiento, pero Catalina es más conocida por la liberala que por su nombre de pila.

CATALINA.— Soltadme, maricones, que si os falto lo vais a sentir más que si os quitaran el pan.

USANOS.—El mote se lo pusieron por el parecido que tiene con los liberales en lo que toca a la prontitud y ligereza con que se dispensan a la menor insinuación. Tanto que a primera vista parece que se dispensan gratis.

FRAY DIEGO.—Y bien sabemos que no es así.

USANOS.—Pero si crees que su presencia aquí es causa de escándalo o falta de respeto hacia el Rey mando que la deyueltan a su casa.

FRAY DIEGO.—Para qué quitar a la gente lo que es motivo de sana diversión. Bueno es que el pueblo, con su natural sabiduría, meta en el mismo saco a liberales y rameras como si fueran bi-

chos de igual condición. Tiempo habrá de sacarla del cortejo cuando esté próximo el encuentro con nuestro adorado Fernando.

(Espacio A)

(En un lateral, el rector del seminario de Cádiz conversa con aquel seminarista que un día se rebeló ante una disertación suya.)

RECTOR:

Tu nefasta rebeldía, tu desazón inaudita, me atormenta cada día y hasta el sosiego me quita.

SACERDOTE:

Es la divina impaciencia que agujonea mi conciencia.

RECTOR:

Dejémonos de choteo y de hacer el maniqueo, y vamos directo al grano que resultará más sano. El buen obispo de Orense, que es tío tuyo carnal aunque como tú no piense, con la Majestad Real de Fernando ha intercedido porque obispo seas nombrado de un obispado escogido y mejor remunerado.

SACERDOTE:

¿Quieren con esa alegría sofocar mi rebeldía?

RECTOR:

¡Queremos ganar para el Rey la cabra descarriada que abandonando la grey tira al monte descarriada! Perdona mi excitación. Un obispado decente, según la real opinión, hace cambiar a la gente.

SACERDOTE:

Aunque lo diga mi tío que yo una mitra apetezca, porque a vosotros parezca, se me antoja un desafío a mi lealtad liberal. Mas... acepto vuestro reto y en el embrollo me meto con fe constitucional.

RECTOR:

Tu vana palabrería

y tu insensato descoco en Madrid valdrán bien poco. En cuanto amanezca el día partirás para la Corte, y tus culpas confesando en presencia de Fernando, de su pueblo luz y norte, ganarás misericordia y la mitra apetecida. Con salud, paz y concordia, ¿qué más pedir a la vida?

ESCENA 9

(Espacio A)

(El Rey con su camarilla juegan al corro siguiendo el ritmo de esta canción.)

Estríbillo:

Siga, siga nuestra vida de sacrificio antes, antes que nos den por acabados.

1. Queremos un palacio lleno de Meninas que al pueblo complacido hagan sonreír.
2. Al pueblo se le calma siempre con ternura por eso las Meninas son buena armadura.
3. Sigamos animando a los soberanos para que no dejen de Meninas darnos.
4. Si la cosa va y se pone fea pues les regalamos las Meninas a quien sea.
5. Andemos calientes y con el ojo abierto, y así evitaremos que nos puedan despedir.

(Es el juego de la gallina ciega)

FERNANDO.—La gallina ciega es más divertida que ninguna otra ocupación.

ANTONIO.—Me has tirado un pellizco en el culo, Carlos.

CARLOS.—A ver si coges a don Blas.

OSTOLAZA.—Se me pone el corazón en la garganta.

ANTONIO.—(Que ha tropezado.) Si no estuviera don Blas os decía una palabrota.

TASTICHEF.—Ahora que recuerdo, Majestad, he traído

el presupuesto de la compra de los barcos a Rusia.

FERNANDO.—No me angusties, Tastichef... Con tal que no se hundan...

OSTOLAZA.—Todos los grandes jefes de estado deberían aprender este juego...

MONTENEGRO.—Yo no me hago la ilusión de haberlo inventado.

FERNANDO.—Lo bonito es jugar a la ciega en casa de la Pingaja...

OSTOLAZA.—¡Majestad!

.....

ARELLANO.—Majestad, en la antecámara está el coronel Van Halen, al que usted ha concedido audiencia.

FERNANDO.—Vaya, ahora que nos lo estábamos pasando tan bien.

OSTOLAZA.—Yo no lo recibiría, Majestad. Van Halen es un francmasón, el peor enemigo de vos.

FERNANDO.—Pues no le he dicho que, a lo mejor, me hago yo masón. (*Irritación en Ostolaza.*) Hazlo pasar.

ARELLANO.—El coronel

Van Halen no es de fiar y conviene que esté yo presente. (*Enseña las pistolas. Todos los demás van saliendo.*)

FERNANDO.—¡Qué le vamos a hacer! Seguiremos mañana.

TASTICHEF.—Los barcos rusos, Majestad...

FERNANDO.—Haz lo que te parezca. Mi ministro de Hacienda hará lo que tú digas, a menos que desee lo peor...

MONTENEGRO.—Mi poeta aguarda tu caridad.

FERNANDO.—Lo traes mañana y nos reiremos con él. Entre tanto, id pensando a quién hacemos caer en desgracia mañana...

OSTOLAZA.—(*A punto de salir*) ¿Comulgará mañana, Majestad?

FERNANDO.—Antes confesaré, don Blas. Tengo unos pecadillos que me remuerden...

OSTOLAZA.—Para perdonárselos estoy.

FERNANDO.—Hasta mañana, don Blas.

OSTOLAZA.—Que Su Majestad descanse.

(*El Rey pasa a su despacho [espacio B] y allí recibe a Van Halen. Exige al coronel los nombres de quienes conspiran contra él, mientras que aquél pide a Fernando ponerse a "la cabeza de todos", ya que no culpa a su persona de los desmanes del gobierno. No hay acuerdo y Van Halen vuelve a la cárcel, con la promesa del Rey de que le enviarán cigarros.*)

.....

(Espacio A)

(*En una sala de palacio otro grupo de la camarilla examina a un joven cura procedente de Cádiz —nuestro viejo y conocido seminarista rebelde— a ver si merece ser nombrado obispo de cualquier diócesis vacante. Ensayo su petición formulándola ante un muñeco. Los examinadores celebran la oratoria reaccionaria del rebelde y le citan para su entrevista con el Rey.*)



(ESCENA 9, ESPACIO A: FERNANDO VII JUEGA A LA GALLINA CIEGA CON SU CAMARILLA.)



(MISMA ESCENA QUE EL GRABADO ANTERIOR: FERNANDO VII APARECE AHORA MANEJANDO UN ENORME MUÑECO ANTE EL JOLGORIO DE SU CAMARILLA.)

FERNANDO.—(Que es quien estaba dentro del muñeco, prestándose al juego de la camarilla. Saca la cabeza sudando y fastidiado.) ¡Esto es un atentado liberal!

CORREA.—¡Ay, Majestad! ¡Pero si estáis hecho una sopa!

FERNANDO.—¡Aire, aire! ¡Toco el cielo de España! ¡Veo la tierra muy pequeña! ¡Como la suela de un zapato viejo!

CORREA.—¿Y cómo me veis a mí, Majestad?

FERNANDO.—¡Tú eres la polilla que roe la suela, Correa!

CORREA.—¡Ay, Jesús!

FERNANDO.— ¡Correa, marica, cógeme si puedes!

AYERBE.—¡Majestad, estáis en las nubes, estáis en vuestro sitio! ¡Tocaréis con la frente las estrellas! Veis a España como la suela de un zapato, pero cuando España os merezca la veréis como una bota. ¡Mirad bien alto, Fernando! No tropezaréis jamás con las nubes. ¡El sol y las estrellas os conocen! Miradlos de cara. Son las estrellas y el sol de España. ¡Arriba Fernando!

FERNANDO.— (Todavía

vestido de muñeco, tropieza y cae.) ¡Ayyy!

TODOS.—Cuidado. ¿Se ha hecho daño? Su Majestad se ha desplomado.

CRIADO.—(Entrando.) ¡El chocolate!

FERNANDO.—(Reponiéndose.) Está bien. Le daremos la mitra de Burgo de Osma. (Todos respiran satisfechos.) Caballeros, el chocolate. (En el suelo, todos toman el chocolate. Los criados han repartido tazas y bizcochos.)

CORREA.—Observad con qué delicadeza moja Su Majestad los bizcochos.

FERNANDO.—Os estáis sobrepasando. ¡Todos!

CORREA.—Majestad, yo lo decía con admiración.

FERNANDO.—Si mojo el bizcocho es porque soy popular. El pueblo también moja en el chocolate.

CORREA.—Moja pan. El pueblo moja pan.

FERNANDO.—Que San Pedro se lo bendiga. Gracias a mí, todo el mundo tiene pan que mojar en su chocolate.

TODOS.—Bueno, eso es verdad. Nadie lo pone en duda. La gente no puede quejarse.

(Han entrado a la sala unos conjurados liberales armados. Encañonan a los presentes, que se sienten incómodos al instante.)

FERNANDO.— Sigamos sorbiendo chocolate y tengamos la fiesta en paz.

UN LIBERAL.—¡Qué paz ni qué ocho cuartos!

OTRO.—Las manos arriba, y todos contra la pared.

OTRO.—¡Pronto!

FERNANDO Y RESTO DE CAMARILLA.—Vaya, está uno tan pancho y vienen éstos... ¡Valiente susto!

LIBERAL.—¡Su Majestad, el primero! ¡Muévase, Majestad!

OTRO.—Y que Su Majestad no coja los zancos.

(Todos los actores quedan inmovilizados en ese momento.)

FERNANDO.—*(Avanzando hacia el público.)* Ustedes, queridos amigos, son testigos de este horrible hecho. Que la historia lo cuente o no lo cuente es lo de menos. Ustedes han visto que nosotros estábamos tomando tranquilamente el chocolate cuando estos desalmados han entrado a interrumpirnos.

OSTOLAZA.—¿Acaso nosotros irrumpimos en casa de nuestros enemigos cuando están tomando el chocolate?

FERNANDO.—Comprenderéis que esto no puede quedar así. *(Se tapan los oídos. Suena una descarga. Los liberales ruedan por el suelo.)* Es absolutamente imprescindible que podamos tomar en paz nuestro chocolate.

OSTOLAZA.—¿Qué más queremos?

(Tras una nueva canción, cuyo tema es relacionar la camarilla con el pueblo, se pasa a la escena siguiente.)

ESCENA 10

(La procesión de gentes con la imagen del Rey a hombros, va en busca del monarca. Pasan del espacio B al A. Cantan e increpan a los liberales. A las palabras de Fray Diego responde con dureza un liberal.)

LIBERAL.—¡No le escuchéis! Todos hemos luchado por recuperar al Rey, pero sólo queremos que sea eso: un Rey. Una cosa es respetarle y otra muy distinta idolatrarle. Si escucháis a este fraile daréis al traste con todas nuestras conquistas. Acabaremos por creer que el trono está ocupado por un dios. Y os lo digo: será un dios terrible. Calla. No abuses de la ignorancia de estos desgraciados...

FRAY DIEGO.—¡El mismo se descubre! Teme al Rey. Adivina, y no se equivoca, que viene a aplastar a los amigos de la funesta Constitución. Fernando no descansará hasta borrar de la faz de la tierra al último ser de esta plaga.

LIBERAL.—¿Oís a este fanático la suerte que nos anuncia? ¿Es que vamos a aceptarla como corderos el sacrificio? *(Ninguno responde. Ante tal actitud, el liberal arremete contra sus compañeros. La estatua de Fernando cae al suelo.)*

FRAY DIEGO.—¡Maldito, mil veces maldito! *(A Usanos.)* ¿Qué clase de pueblo es el tuyo que calla y acepta el regicidio! Ahí tenéis al asesino. Está al alcance de vuestra justicia.

USANOS.—¡No lo dejéis! ¡Matadle!

(Estalla un espantoso griterío. Varios caen encima del liberal. El resto de presos retroceden espantados.)

FRAY DIEGO.—*(A estos últimos.)* Gritad conmigo: ¡Viva el Rey! ¡Viva Fernando!

(La turba sale de escena en busca de Fernando. Queda el cadáver del liberal en el suelo. Se oye una voz.)

Murieron los liberales, murió la Constitución, porque viva el Rey Fernando con la patria y religión.

EPILOGO

(En un lugar de A, el joven seminarista se viste para la ceremonia de su primer aniversario como obispo de Burgo de Osma. Un familiar le ayuda a vestirse.)

OBISPO.—Aprietas demasiado y me haces daño. *(Saca un papel.)* "En este primer aniversario de mi exaltación a la mitra de nuestra piadosa diócesis, mi corazón se goza en el Señor y en la gloria de nuestro católico monarca..."

FAMILIAR.—Eso de la exaltación es una idiotez mayúscula.

OBISPO.—¡Imbécil, que me arrancas el pellejo!

FAMILIAR.—¿Y es vuestra excelencia aquel seminarista que levantaba su voz en favor de los liberales?

OBISPO.—Aquellos días... ¡Qué alegría aquellos días! Era hermoso ser joven y combatir con calor ciertas cosas.

Y soñar con un país nuevo y libre... Como decía Argüelles: un país acogedor con un rincón de familia. (*Reacciona.*) ¡No te quedes ahí mirándome! ¡Es la hora y va a comenzar la ceremonia!

FAMILIAR.—¿Acaso sólo se puede ser íntegro y sincero cuando se es joven?

.....

(Espacio B)

(*Tres actores con severas vestiduras rodean a un liberal cubierto con la loba de los condenados a muerte. Su última voluntad es que le lleven a su hijo. A él intentará explicar su programa político.*)

.....

CONDENADO.—¿Sabes por qué me encuentras en esta triste situación?

JOVEN.—Madre dice que por meterte en camisa de once varas.

CONDENADO.—Como todas las mujeres, ella tiene los pies demasiado hundidos en el fango de la grosera realidad. Pero es necesario elevarse, hijo. Hay que volar, ayudado por las alas del ideal hasta las regiones donde el espíritu llegue a sentirse ebrio de libertad.

JOVEN.—Una vez, Roque se hizo unas alas como las de los angelitos de encima de la cómoda. Se subió al desván y se tiró al prado moviendo de prisa los lienzos. Casi se rompió la crisma.

CONDENADO.—Sí, hijo mío. La proximidad del sol puede hacer que se fundan las alas de los soñadores y hacer que se precipiten desde los reinos de la luz hasta los tenebrosos dominios del verdugo. Tal ha sido mi desgraciado caso. Van a quitarme la vida. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

JOVEN.—Casi. Cuando el papá de Roque se lo llevó el Señor, Roque tuvo que llorar tres horas seguidas.

CONDENADO.—No quiero que nadie derrame lágrimas por mí. Sólo pretendo que algún día comprendáis que tuvisteis un padre que murió por defender la libertad: esa sublime necesidad que con tanto rigor se ha negado a los hijos desdichados de este país... Pero un buen día, algún iluminado varón pensó que no era forzoso que la valía y la sangre vinieran emparejadas. Y que debieran ser la sabiduría y la razón las que empuñasen el timón de la nave patria.

JOVEN.—No le alcanzo mucho a eso de la razón, padre mío.

CONDENADO.—La razón, querido...

(*Se acercan los tres cofrades.*)

SEVERO 1.—Te quedan cinco minutos...

SEVERO 2.—Si los gastas en disquisiciones inútiles, allá tú.

SEVERO 3.—Y ten en cuenta que corromper a la juventud siempre fue gravísimo crimen. (*Se apartan.*)

CONDENADO.—La razón, te explicaba, es algo que le fue dado al ser humano como un instrumento para desentrañar los misterios que la opaca natura ha presentado siempre a las criaturas que viven en su seno... Esa bendita razón pondrá a la humanidad en posesión de un sinfín de maravillas y beneficios insospechados... Navíos inmensos como catedrales surcarán los océanos, miles y miles de artificios, fabricados con elementos hoy desconocidos, recorrerán las ciudades esplendentes. ¿Y quién impedirá al impulso creador del hombre, ese Prometeo dueño de todos los fuegos robados a los aterradores dioses, que pose su planta soberana en el polvo de lejanísimas y extrañas estrellas? La ciencia

hará que el hombre llegue a dominar los ámbitos de toda la cósmica inmensidad.

JOVEN.—Y dime: todos esos artificios de materiales hoy desconocidos, ¿se podrán comprar y vender?

CONDENADO.—Claro, hijo. Libremente. ¿Qué clase de albedrío sería aquel en que una vocación de comerciante no pudiera desarrollarse?

JOVEN.—¡Qué maravilla!... Roque y yo siempre hemos pensado poner una tienda igual que la del abuelito. Nos haremos con todos esos artificios en cuanto los construya la razón que dices y haremos que todos los niños nos compren uno. O, mejor, dos. ¡Vive Dios que sí!

CONDENADO.—Hijo mío...

JOVEN.—Y si alguno no quiere hacerlo, lo machacaremos... ¡Tendremos perros amaestrados que sacarán las tripas a los que se nieguen a comprarnos los artificios! ¡Crearemos tribunales más perfectos que esa antigualla de la Santa Inquisición para torturar a toda esa porquería desadicta!...

SEVERO 1.—Se acabó tu tiempo. Puedes despedirte de tu hijo.

JOVEN:

¡Pobre papá!
¡Triste papá!
¡Triste martiricejo constitucional!

CANCION

Pasado por garrote
en cualquier plaza pública,
entre los eructos
a molleja
a morcilla
a morapio
y a "te está bien empleado
por hereje"
del pueblo
a liberar.
¡Pobre papaíto,
con tus tres palmos
de libertad
colgándote
fuera del buche!

Pobre burguesito
de la primera hora,
amortajado
de racionalidad
y despanzurrado
en un cacho de tumba
sin una mala cruz
que ilustre
tu podedumbre
sin fructificar.

(El condenado es conducido al cadalso, mientras que un grupo de actores asiste, en una parte de A, al discurso del obispo de Burgo de Osma.)

—... Y así, a nuestro peculiar modo de entender la vida, responde nuestro peculiar catolicismo...

(En otra zona de A, un liberal, aquel que en la escena 4 se vio obligado a ir al baile, se despide de su familia.)

LIBERAL.—... Ojalá la lección de lo que ahora ha ocurrido les sirva de ejemplo. Ojalá sean menos ingenuos que nosotros. Nuestras ideas apenas han sido útiles para hoy, ¿cómo podrán serlo para mañana?... Ojalá encuentren las herramientas que nosotros no hemos tenido o que usen con más sabiduría las que tenemos.

UN AMIGO.—Es la hora.

(Se funden los abrazos del liberal con su familia y el discurso, en mímica, del obispo, con la salida al cadalso del otro liberal que se despidió de su hijo. Este momento, que motiva la presencia de todos los actores en escena se rompe con una canción que los divide en dos grupos.)

CANCION FINAL

CORO DE A

Ahora que ha pasado
el peligro liberal,
ahora ya vencidas
las fuerzas del mal,
otros por nosotros

se disponen a pensar,
si pensamos todos
la patria se hundirá.

Estribillo.

Dios nos guarde este señor,
no nos venga otra peor.

CORO DE B

Ahora que olvidada
quedó la libertad,
ahora que unos marchan
y otros quedarán,
os toca, vencedores,
el premio recoger,
sólo que de espaldas
lo queremos ver.

Estribillo.

CORO DE A

Paz y bienestar,
fe y moderación,
así levantaremos
nuestra gran nación.
Y el que se mueva

un enemigo es,
ahora que ganamos
no hay que correr.

Estribillo.

CORO DE B

Recordad, hermanos,
los que no veréis,
sobre nuestra tierra
ya nada va a crecer.
Tapiarán los ojos,
cortarán los pies,
pero nuestros hijos
volverán a ver.

Estribillo.

FOTOS DE LAS REPRESENTACIONES DEL TEATRO UNIVERSITARIO DE MURCIA.

DIBUJOS ENTRESACADOS DEL CUADERNO DE DIRECCION DE CESAR OLIVA.

A MANERA DE POSDATA URGENTE

Han pasado ya casi cuatro años desde la gestación de **El Fernando**, y dos y medio desde su estreno. Pese al amplio período de preparación, aunque corto de representaciones, la insistencia en ese camino de creación de nuestras producciones me habían hecho olvidar un tanto las muchas dificultades que entrañó **El Fernando**. Pero esa misma perspectiva me anima a dejar constancia, tras el pequeño trabajo que supone esta edición abreviada, de dos factores que hoy día tienen carta de naturaleza en la escena española y que, en el 71, no. Dos factores, pues, relacionables con el espectáculo en cuestión. Refiérese el primero al sesgo que el género histórico sigue poseyendo en el 75, en cuanto a proyección y efectos que este tipo de obras pueden conseguir de los espectadores. Sería este un factor pesimista, porque dadas unas

posibilidades presentes, que entonces ni se pensaban, **El Fernando** no ha servido para que existiera un nuevo teatro histórico de mayor calibre que el que indica la cartelera madrileña. Centrándonos en el rigor histórico a utilizar en estas producciones, y sin establecer comparaciones que quizá no vengan al caso, no comprendo en absoluto las dificultades que encuentran en censura obras como **El Fernando**, que deseen estar en aquel señalado rigor. No hay, en la obra citada, ni un mal latiguillo que echarse a la boca, ni jamás se sale de un momento histórico dado clarísimamente. En cambio, sí se permiten piezas en donde el "áceramiento" oportunista es lo que llena los locales. No pretendo, Dios me libre, vetar obras que, cualquiera que sean, tienen obligación y derecho propio de ver los escenarios. Pero sí solicitar ese mismo derecho



«EL FERNANDO» ES EL RESULTADO DE UN TRABAJO COLECTIVO EN EL QUE INTERVINIERON OCHO AUTORES JOVENES ESPAÑOLES QUE —CON UNA VEINTENA DE PIEZAS CORTAS— PROPORCIONARON EL MATERIAL DE BASE SOBRE EL QUE HABRÍA DE ELABORAR EL ESPECTÁCULO FINAL (UNO DE CUYOS INSTANTES CONTEMPLAMOS) EL T. U. DE MURCIA.

para aquellas otras producciones que estén dentro de un rigor histórico demostrable. Es entonces el momento de mostrar mi extrañeza sobre las posibilidades del teatro histórico que sí se representa, en donde se puede oír que alguien, en plena Edad Media, va a vender burros a plazos para que las familias vayan al campo los domingos, o que cierto rey castellano llama **contestataria** a la hija de una noble dama, o que un apóstol dice comprar telefónicas (cito de oído). ¿Por qué no ver, entonces, sobre las tablas, cierta crítica, sí, no de un rey en concreto, como fue Fernando VII, sino del desbarajuste político que se dio a principios del XIX, y dentro de unas circunstancias muy concretas?

El otro factor al que aludíamos ofrece un cariz más positivo, al *menos para el grupo*. Este trabajo colectivo, con las limitaciones propias

de una primera experiencia, dio paso a otros (1), en donde esa idea de **colectivo** se va decantando. No sé por qué regla de tres, de los ocho autores que acabaron **El Fernando** dos siguen trabajando con nosotros. Nunca agradeceré lo bastante a aquéllos el esfuerzo y empeño de que hicieron gala ante nuestra propuesta. Pero con Matilla y López Mozo —¿razones de mayor cercanía?, ¿de mayor compenetración?, ¿de firme convicción de que unidos aunamos esfuerzos?— seguimos un trabajo paralelo al de **El Fernando**, pero en todo punto evolucionado. Sabemos que el teatro es, de las artes, la menos personalista. Y el trabajo en común es donde mejor nos movemos. Sí quiero

(1) Parece cosa de brujas (1973) y otra cuya gestación se produce en estos momentos, teniendo previsto su estreno para el próximo mes de febrero.

citar, utilizando estos rápidos apuntes, el caso de los "hijos" de este **Fernando**, hijos extraños, inconcebibles, puesto que un trabajo colectivo no puede, no debe, tener frutos individualizados. Esos "hijos", salido de uno de los **ocho** —querido y admirado, por otra parte, en nuestro grupo por sus colaboraciones anteriores y, por qué no decirlo por su calidad—, no tienen razón de ser, puesto que no imitan método, que sería perfectamente lícito, sino que aprovechan material y temática descubiertos con anterioridad. Si bien soy ajeno al prejuicio sobre el plagio —¿por qué no va a existir una obra de similar punto de partida, si aporta algo nuevo al modelo?—, entiendo que es éste, el de **La familia de Carlos IV** y el de **Las hermosas costumbres**, dos casos injustificados de influencias de **El Fernando**. ■ CESAR OLIVA.